I. Introducción

Muy anteriormente a la notable homogeneización cultural del Mediterráneo ejercida por Roma entre las distintas provincias de su dilatado Imperio, y desde antes de la previamente favorecida por el helenismo en sus regiones orientales, un núcleo principal de las convicciones religiosas del antiguo Egipto había alcanzado todos los confines del mismo ámbito y los objetos rituales que las representaban, fieles a su tradicional canon estilístico, constituían una parte importante de los intercambios económicos llevados a cabo en las colonias establecidas por los comerciantes del primer milenio a. C. en sus litorales.

La influencia de la cultura del antiguo Egipto en distintas regiones mediterráneas, a través de los comerciantes del primer milenio a. C., comenzó a ser investigada entre 1930 y 1940[1] y, en la Península Ibérica, desde la década de los 70.[2] Los documentos arqueológicos de tipo egipcio estudiados proceden, en cierta medida, de asentamientos griegos y, en gran parte, de colonias fenicias y de establecimientos locales.[3]

Los seis capítulos que siguen al de esta introducción corresponden al mismo número de artículos y ponencias presentadas a congresos por la autora, orientados al estudio de diversos aspectos del auge de la cultura del antiguo Egipto en el ámbito mediterráneo prerromano, en general, y en la Península Ibérica, en particular.

---

[1] Bissing, 1929-40; Pendlebury, 1930; Rowe, 1936; Leclant, 1962-75; 1972 Vercoutter, 1945; Zazoff, 1968; Scandone, 1975; Acquaro, 1977, Hölbl, 1979; Leclant, Clerc, Lagarce y Karageorghis, 1976

[2] Padró i Parcerisa, 1975, 1976-78, 1980, 1983, 1985; García Martínez, 1991, 1992, 2000, 2001

[3] Padró i Parcerisa, 1980, 1983, 1985; García Martínez, 2001

El capítulo segundo estudia las características de la influencia de la cultura del antiguo Egipto en la Iberia prerromana, a través de los comerciantes mediterráneos del primer milenio a. C., examinando los documentos arqueológicos, egipcios y pseudoegipcios, de la vertiente atlántica catalogados por la autora,[4] así como los abundantes lotes de materiales egiptizantes de la misma procedencia.

Aparte de la comentada vía de los comerciantes del Mediterráneo del primer milenio a. C., posteriormente, el legado del antiguo Egipto llegó a la Península Ibérica al quedar convertida en provincia del Imperio Romano, a través de la herencia que la cultura latina había asimilado, bien directamente, o a través de la griega.[5]

Comentando aspectos distintos de la influencia del antiguo Egipto en la Península Ibérica, a través de vías alternativas, el capítulo tercero trata de la pervivencia hasta nuestros días de ciertos nombres de procedencia egipcia, como son Moisés, María, Isidoro o Heliodoro.

El capítulo cuarto ofrece un estudio sobre los precedentes en el antiguo Egipto de la mayor parte de los distintos géneros literarios actuales, difundidos por Grecia y Roma en el Mediterráneo.

El capítulo quinto está dedicado a examinar uno de ellos, a través de los paralelos entre dos obras de sátira hacia un género literario anterior, el de relatos de hazañas de invictos héroes.

La primera de ellas, *El Príncipe Satni y el Libro Mágico,* de autor egipcio anónimo, satiriza las hazañas de magia relacionadas con la sabiduría de ultratumba. Con sarcasmo comparable, más de 2.000 años más tarde, Cervantes se burlaba de las hazañas de las novelas de caballería, en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

En ambos casos, las burlas están dirigidas hacia la escala de valores vigente en sus respectivos imperios, el egipcio y el español,[6]

---

[4] García Martínez, 2001

[5] Aubet, 1985. García y Bellido, 1942, 1960; Padró i Parcerisa, 1980, 1983, 1985; 1995; García Martínez, 2001

[6] Flinders-Petrie, 1899; Flinders-Petrie et al, 1917: 431-453

que avanzaban hacia su correspondiente declive. Los dos personajes experimentaban grotescas derrotas e inesperados desenlaces para sus románticos sueños, con los que sus autores caricaturizaban las respectivas aspiraciones imperiales y los dramáticos desenlaces que comenzaban a tener varias de ellas, mientras que sendos ayudantes aconsejaban un prudente análisis realista de las circunstancias.

Una vez señalada la diversificación del legado del antiguo Egipto y de sus distintas vías de transmisión a la cultura mediterránea, el capítulo sexto ofrece un estudio comparativo que evidencia los patentes paralelismos de una parte central del núcleo mitológico egipcio con los mitos universales más repetidos.

Los cultos a Isis y a Osiris, que Roma había adoptado, junto a versiones romanas de dioses comparables, no resultaron ser una novedad en las provincias del Imperio, ya que constituían la parte más importante del núcleo principal de los mitos de Egipto que los comerciantes fenicios y griegos del primer milenio a. C. habían anteriormente asumido y divulgado en el Mediterráneo.

Más aún, probablemente tal legado mitológico egipcio tampoco resultase extraño entre las convicciones mediterráneas anteriores al primer milenio a. C., lo que explica su amplia aceptación, debido a la gran difusión universal de las distintas versiones del mito dedicado a las luchas entre las divinidades solares, de la filiación del fuego, y las lunares, de la filiación del agua, en los que las primeras quedaban derrotadas, con sus facultades mermadas y sometidas a una existencia subterránea, relacionada con ultratumba, propiciando así el predominio de las segundas y el esplendor de la diosa de la maternidad, de la tierra y de la fecundidad.

El capítulo examina un buen número de versiones universales de dichos enfrentamientos entre los dioses que personifican las energías cosmogónicas del fuego y del agua, así como los abundantes paralelos del mito protagonizado por las mismas potencias, en relación con dos catástrofes, una pasada, ocasionada por el agua y otra futura,

desencadenada por el fuego, como documentos para el estudio de un común origen espiritual de la humanidad.

Con intención similar, el capítulo séptimo trata de los paralelismos de un antiguo ritual egipcio, el de ofrendas a los antepasados, que fue practicado por distintas civilizaciones mediterráneas y que permanece vigente en muchas culturas orientales, en la actualidad.

Tras repetidos intentos, el cristianismo consiguió erradicarlo, oponiéndose a tal práctica, tan extendida entre sus propios fieles hasta el siglo III, en Roma, y hasta el siglo IV, en Egipto.